

LOS PAISES INDUSTRIALES Y LA INDUSTRIALIZACIÓN DE LAS NACIONES POCO DESARROLLADAS (*)

1. *La posición de los países industriales frente a la industrialización extranjera.*—2. *La posición de los Estados Unidos.*—3. *La argumentación y los hechos.*—4. *La “magia” de la industrialización.*—5. *El comercio internacional en un mundo industrializado.*

- 1.—*La posición de los países industriales frente a la industrialización extranjera.*

“¿Constituye la exportación de maquinaria un suicidio económico?” Este problema concreto figura como título en un folleto publicado a principios de siglo por uno de los pocos economistas defensores de la libertad comercial de la Alemania imperial (1). Dicho folleto contesta hábilmente con una negativa a la pregunta formulada, pero su publicación resulta significativa en relación con el temor creciente que se sentía en aquella época en Alemania frente a la industrialización de nuevas áreas del mundo y la idea de “suicidio”, a pesar de que al mismo tiempo los países industriales más antiguos prestaban una ayuda muy provechosa a este proceso.

En realidad, los países más avanzados técnicamente han observado una conducta notablemente inconsciente por lo que respecta

(*) El autor es jefe de la Western European and British Commonwealth Section of the Federal Reserve Board. Los puntos de vista expresados en este artículo no son necesariamente los del mencionado organismo.

(1) HEINRICH DIETZEL, *Ist Maschinenausfuhr volkswirtschaftlicher Selbstmord?* (Berlín, 1907).

a su actitud para con los países menos avanzados desde los comienzos del auge de la manufactura: dichos países han ayudado y al mismo tiempo temido y tratado de obstaculizar los esfuerzos de aquellos países para hacerse con técnicas industriales y equipo. El intento más consistente para bloquear este proceso tuvo lugar en el período mercantilista, cuando los países manufactureros promulgaron disposiciones contra la exportación de maquinaria y la emigración de artesanos especializados. Estas disposiciones no pudieron mantenerse al llegar a la era industrial y las evasiones se extendieron tanto que las hicieron inútiles o se anularon formalmente, tal como ocurrió en Inglaterra hace una centuria (2). A pesar de que Inglaterra no hizo nada para oponerse a la expansión de los métodos industriales que caracterizó a la segunda mitad del siglo XIX, este desarrollo no dejó de provocar muchos problemas. Un economista de la talla de Stanley Jevons dió la voz de alarma en 1865 frente al hecho de que la emigración hacia los Estados Unidos "fomentaría, o más bien completaría, la industria del hierro y el carbón en el extranjero en condiciones de competencia directa con la nuestra" (3).

(2) "Se prohibió la exportación de maquinaria porque se temía que ello ayudaría a una industria competidora en otro país. Uno de los primeros ejemplos de esta política fué la prohibición... contra los moldes para medias en Inglaterra (1695-96) seguida por una medida similar en Francia en 1724. Por esta época existió una multa importante en Francia para la exportación de maquinaria textil en general. Se acumularon de otras muchas formas obstáculos frente a la exportación de estos artículos. A principios de la década 1720-30, Jonás Alstromer, el más entusiasta partidario de la manufactura en la Suecia del siglo XVIII, sufrió todos los trabajos del mundo para introducir clandestinamente en Suecia el equipo francés y holandés necesario para la construcción de las fábricas textiles de Alingsås. En Inglaterra no fué sino algo después (1750 y 1774) cuando se prohibió la exportación de maquinaria e instrumentos para la industria textil, a la que pronto siguió otra prohibición para la exportación de maquinaria siderúrgica (1781). Puesta en marcha esta política, se adoptó por doquier y continuó vigente durante largo tiempo. En Inglaterra, donde se desarrolló una industria maquinista independiente, la prohibición de exportación no fué abandonada hasta 1844". ELI F. HECKSCHER, *Mercantilism* (Londres, 1934). Vol. II, p. 147.

(3) STANLEY JEVONS, *The Coal Question*, 3.ª edición revisada, (Londres, 1906), p. 242. Véase también las interesantes citas de Torrens en J. VINER, *The*

El rápido crecimiento de la industria alemana y americana benefició a la economía inglesa en muchos aspectos, pero al mismo tiempo provocó la alarma en la opinión inglesa dando lugar a una literatura cada vez más voluminosa hacia fines de siglo describiendo los enormes peligros de la competencia comercial con Alemania (4).

Sin embargo, el temor frente a la industrialización de los países poco desarrollados tuvo su expresión más completa en la misma Alemania, que con un mal gusto notable apenas después de haber logrado incorporarse al pequeño grupo de países industrializados, se apresuró a darles con la puerta en las narices a los que trataban de hacerlo. La política económica exterior de Alemania, anterior a las dos últimas guerras mundiales, incluye varios casos en los cuales se trató directamente de evitar la industrialización de otros países (5).

No obstante, si exceptuamos a sus propias colonias, resultó imposible para los países industriales más antiguos evitar la expansión de la industrialización en otros países y, una vez que esto se hizo patente, todos ellos trataron de que sus industrias manufactureras se adueñaran de los mercados de bienes de capital, con lo cual tuvo lugar una industrialización general en el mundo. A

Prospects for Foreign Trade in the Post-War World, reimpresso en "Readings in the Theory of International Trade" (Filadelfia, 1949), p. 520. Es posible que algún economista clásico adoptara el punto de vista pesimista como consecuencia de la costumbre clásica de razonar pensando en dos países y en dos mercancías. Otra explicación de su preocupación consiste en la forma en que se esperaba que la ley del rendimiento decreciente afectara a la agricultura reduciendo los beneficios de los países exportadores de alimentos. Sin embargo, este posible peligro para la división internacional del trabajo, entre los países agrícolas e industriales, ha tenido una parte mucho menos importante en la discusión de la industrialización. Este último argumento encontraría mayor fundamento en la existencia de rendimientos decrecientes en la agricultura, pero no depende de ella.

(4) Véase ROSS J. S. HOFFMANN, *Great Britain and the German Trade Rivalry, 1875-1914*. (Filadelfia, 1933).

(5) Por lo que respecta a la política alemana anterior a la primera guerra mundial, véase J. Viner, *Dumping. A Problem of International Trade* (Chicago, 1924). La literatura alemana a este respecto es demasiado voluminosa y no podemos citarla aquí.

pesar de ello, la opinión pública en los países industriales siguió siempre preocupada por el resultado final del proceso. Las consecuencias de la expansión comercial japonesa, en el período que media entre las dos últimas guerras, sobre industrias concretas establecidas en épocas remotas, tales como la industria algodonera inglesa, pareció justificar estas previsiones pesimistas sobre la posibilidad de una depresión en los países industriales más antiguos que habían permitido que se copiaran sus secretos.

2.—*La actitud de los Estados Unidos.*

Del conjunto de estas posiciones pesimistas está casi siempre ausente la voz de los Estados Unidos (6). Cuando este país fijó su atención en el problema fué para fomentar el desarrollo de los países poco adelantados por medio de la labor del Banco Internacional de Reconstrucción y Desarrollo, de los préstamos del Banco de Exportación e Importación y, finalmente, con la adopción del Punto Cuarto. Reviste un interés considerable analizar las posibles razones que motivaron la aparente falta de preocupación de los Estados Unidos frente a los efectos futuros del desarrollo exterior sobre la economía americana. En el curso del análisis descubriremos no sólo por qué, en mi opinión, los Estados Unidos nunca han sentido el miedo que ha afligido a la mayor parte de los países occidentales, sino además si existen razones para que los Estados Unidos alteren su política tradicional en este contexto.

Es posible que la razón fundamental de la falta de preocupación de los Estados Unidos que antes señalamos consista en la

(6) Ha habido una excepción reciente: durante la discusión en la Cámara de Diputados de la ley que daba al Banco de Exportación e Importación el poder de garantizar las inversiones de capital privado en el exterior contra ciertos riesgos peculiares a tales inversiones, la oposición empleó el argumento de que la inversión exterior crearía una competencia a las industrias nacionales debido al empleo de mano de obra barata. (Véase el discurso del diputado Wolcott, *Congressional Record*, 11 de julio de 1950, p. 10031, nota). Pueden encontrarse otros ejemplos de la utilización de este argumento, pero nunca ha existido en los Estados Unidos nada similar a la ansiedad, fomentada ante la opinión pública por las autoridades, que ha sido característica de algunos países europeos.

misma composición de sus exportaciones. En contraste con un país como Inglaterra, las exportaciones de los Estados Unidos consisten típicamente en artículos destinados a aumentar la producción (herramientas y otros bienes de capital) o en productos que contribuyen a elevar los niveles de renta (automóviles y otros bienes de consumo duradero). Por esta razón, las exportaciones de los Estados Unidos no sólo no disminuirían con la industrialización y el desarrollo de otros países, sino que, por el contrario, gracias al incremento de la producción y de la renta pueden aumentar considerablemente. Esto es precisamente lo contrario de lo que ocurre con aquellos países industriales cuyas exportaciones se basan fundamentalmente en bienes tales como los productos textiles, la ferretería, el cristal, etc., cuya producción está entre las primeras que se llevan a cabo en los países industriales jóvenes. Por otra parte, los Estados Unidos exportan cantidades importantes de materias primas para usos industriales tales como algodón, petróleo, azufre, etc., y estas exportaciones también pueden aumentar como resultado de una expansión en la producción de manufacturas en el resto del mundo.

Los países industriales de Europa, sobre todo Inglaterra y Alemania, consideraron con alarma y temor la erección de industrias extranjeras no sólo porque constituían posibles competidores para sus industrias de exportación, sino además debido a que temían que, una vez perdidos los mercados extranjeros, no contarán con contrapartidas que ofrecer por los alimentos y materias primas cuyas importaciones en masa habían pasado a formar la base del sustento y del empleo de sus pueblos. En realidad, el "temor de convertirse en un estado predominante industrial", que tantos portavoces encontró en Alemania durante el período de rápida industrialización de finales del siglo XIX, se basaba en parte en la visión de un país que se encuentra enfrentado repentinamente con la falta de suministros esenciales porque no puede encontrar mercado para sus manufacturas en el exterior. Tales temores contribuyeron a impulsar las políticas alemanas de protección a la agricultura y a la colonización.

En los Estados Unidos estos recelos nunca podrían haber llegado a ser importantes, ya que su dependencia del exterior ha sido siempre, cuantitativa y cualitativamente, de menor orden que

la correspondiente a los países industriales de Europa occidental. No se produciría hambre en los Estados Unidos si de la noche a la mañana desaparecieran los suministros extranjeros como resultado de la industrialización de los demás países.

Existen otros factores menos tangibles, pero igualmente importantes, que explican la actitud de los Estados Unidos frente al desarrollo en el exterior.

Después de todo las diferencias en las estructuras del comercio exterior de Alemania y los Estados Unidos, a pesar de ser importantes, no son lo suficientemente marcadas para explicar el porqué del temor alemán y la falta de preocupación americana ante la industrialización de otros países. Si los Estados Unidos tienen buenas razones para fundamentar su actitud, los temores alemanes carecían de fundamento en buena parte. Incluso algunos contemporáneos han demostrado, estadísticas en mano, que los países industriales son los mejores clientes de los países industriales. La verdad es que los escritores alemanes se complacieron en demostrar que los países industriales cavaban su propia tumba al exportar maquinaria y técnicas industriales. Esta propensión a descubrir panoramas históricos apocalípticos han constituido una característica general de las obras históricas y sociológicas alemanas desde el siglo XIX. Puede encontrarse también, por ejemplo, en el conocido razonamiento marxista según el cual el capitalismo prepara su propia destrucción al crear un proletariado y la competencia estaba abocada a la desaparición, debido que la lucha competitiva lleva al monopolio. Estas numerosas profecías tenebrosas no nos dicen mucho acerca de la naturaleza real del industrialismo, del capitalismo y la competencia, mientras que son reveladoras del estado de espíritu de sus autores intelectuales que, descontentos con la era industrial, fueron desusadamente fértiles en la búsqueda de pruebas de su inevitable desaparición.

La razón fundamental por la cual estas teorías nunca han gozado de influencia en los Estados Unidos se encuentra en la ausencia de conflictos y tiranteces, profundamente enraizados a lo largo de la historia, que en Alemania y muchos otros países de Europa occidental tuvieron por consecuencia una expansión de la hostilidad intelectual frente al capitalismo industrial. En el continente norteamericano las dificultades concomitantes al des-

arrollo económico fueron consideradas generalmente como propias de tal proceso, y se pensó que era posible encontrar solución para ellas en cada caso concreto, más bien que como formidables e inevitables despeñaderos que provocarían el colapso de toda la estructura económica.

En lugar de contemplar preocupadamente los adelantos industriales de otros países, se creyó en las posibilidades de ulteriores progresos económico y técnico y en la habilidad de los Estados Unidos para mantener la supremacía industrial. Además, su historia económica es rica en ejemplos del carácter favorable de una expansión industrial potente y cualquier teoría que mantenga que una mayor extensión de la industrialización, dentro o fuera, de sus fronteras, pueda ser desastrosa o incluso peligrosa resulta sospechosa de antemano en dicho país.

Estas razones históricas y psicológicas son por lo menos tan importantes como las económicas puras para explicar la causa de que los Estados Unidos no sólo hayan *practicado* el desarrollo económico e industrial de otros países, sino porque, por el contrario que otros países industriales, no se hayan alarmado de este proceso y que, últimamente, hayan hecho del desarrollo económico exterior una cuestión de la política general.

3.—*La argumentación y los hechos.*

En las páginas anteriores hemos tenido ya la ocasión de mencionar algunos de los argumentos que se han utilizado para demostrar los peligros o las ventajas de la industrialización en el extranjero y del desarrollo de los viejos países industriales. Nos ocuparemos ahora de examinar la controversia en forma más sistemática.

La pérdida de mercados.—Resulta fácil de comprender cómo la industrialización de nuevas áreas puede resultar perjudicial para los países industriales. Es evidente que el tratamiento local de minerales y de alimentos restará trabajo a las industrias de los países que anteriormente importaban materias primas y alimentos sin elaborar. No cabe duda de que el establecimiento de una industria algodonera en los países en vía de desarrollo reduce el mercado de las industrias algodoneras ya establecidas. También es

posible que el país con industrias recién establecidas puede resultar, con el tiempo, un competidor de los viejos países industriales en mercados de terceros, y no podemos excluir la posibilidad de que también pueda hacerlo en el mismo mercado del país que en un principio le facilitaba los productos acabados y el capital necesario para la industrialización. Resulta entonces natural considerar al viejo país industrial como al alma compasiva que ha llevado y alimentado en su seno a la serpiente.

La fuerza de este argumento consiste en su simplicidad. Tiene una afinidad marcada con las primitivas razones contra la adopción de maquinaria que redujera las necesidades de mano de obra. La réplica es similar en ambos casos: puede demostrarse que los efectos directos perjudiciales descritos antes resultan más que contrarrestados por efectos indirectos ventajosos. En segundo lugar se argumenta que el proceso implícito está ya teniendo lugar, que no puede detenerse y que, por tanto, es mucho mejor encauzarlo hacia la consecución de efectos ventajosos que lamentarlo y oponerse inútilmente a él.

La creación de nuevos mercados.—La anterioridad del efecto que da lugar a la creación de mercados frente al efecto ulterior de pérdida de mercados (aquí también se encuentra analogía evidente con el caso de la adopción de maquinaria que ahorra mano de obra) consiste en la demanda de bienes de capital por parte de los nuevos países en vías de industrialización. Esta demanda ha sido sin duda durante algún tiempo de la mayor importancia por lo que respecta a las exportaciones de los viejos países industriales. Sin embargo, por sí misma, la nueva demanda de, por ejemplo, maquinaria textil no puede compensar por mucho tiempo la pérdida de los antiguos mercados de productos textiles acabados (7).

El segundo y más poderoso efecto que tiene por consecuencia la creación de mercados consiste en la creación de renta debida a la industrialización. Es fácil demostrar cómo para muchos países un proceso de industrialización racionalmente concebido constituye un componente necesario del desarrollo que haría posible elevar la renta real de dichos países. El aumento de la renta tendrá

(7) A. J. BROWN, *Industrialization and Trade*, (Londres, 1943), ps. 36-39.

por consecuencia una mayor demanda de toda clase de bienes, incluyendo los importados. De este modo se crean nuevos mercados y, en fin de cuentas, los viejos países industriales verán la posibilidad de exportar nuevas variedades de manufacturas en cantidades muy superiores a las tradicionales.

Estos argumentos tienen suficiente validez y resultan aún más convenientes si se recurre a las estadísticas.

Las pruebas estadísticas.—El material estadístico pone en claro los dos hechos siguientes:

1) No sólo han aumentado las importaciones con el aumento de la renta "per capita" (8), sino que las importaciones de manufacturas han aumentado, por regla general, en los países que siguen el camino de la industrialización. El aumento de las importaciones de manufacturas tuvo, por regla general, un desfase de retardo en relación con el aumento de la producción de manufacturas indígena, pero merece tenerse en cuenta que la tendencia de las importaciones de manufacturas aumenta más en aquellos países en que tuvo lugar un rápido proceso de industrialización.

Esta relación puede ilustrarse con la tabla siguiente, reproducida del informe de la Sociedad de Naciones sobre la *Industrialización y el comercio exterior* (9).

	Producción de artículos manufacturados (promedio 1926-20, 1931-95 : 100)	Importación de manufacturas
Japón	1,932	628
Finlandia	583	473
Estados Unidos	436	230
Suecia	405	480
Italia	394	189
Alemania	279	185
Francia	260	127
Inglaterra e Irlanda	143	195

(8) Por lo que respecta a los Estados Unidos, por ejemplo, se ha calculado recientemente que de 1936 a 1940 "la población de los países desarrollados ha comprado en los Estados Unidos, por término medio, 5,80 dólares por año y por habitante; la población de los países medianamente desarrollados, sólo 1,25 dólares y la de los países poco desarrollados, sólo 0,70". Department of Commerce, *Point Four*, Washington, 1950, p. 10.

(9) Princeton, 1945, p. 93.

2) El comercio mundial no se limita, ni mucho menos, al intercambio de manufacturas por alimentos y materias primas. El "tipo clásico de comercio", representa en realidad alrededor de una tercera parte del comercio mundial total, y las dos terceras partes restantes consisten en intercambios de alimentos y materias primas por otros alimentos y materias primas y de manufacturas por otras manufacturas. Se ha estimado que cerca de la mitad de las manufacturas que se dedican al comercio exterior son cambiadas por otras manufacturas, y únicamente otra mitad por alimentos y materias primas (10). En forma más detallada se ha demostrado que muchos países "exportan e importan mercancías que aparentemente son idénticas", pero que de hecho difieren ampliamente en calidad, precio, forma y otros muchos aspectos (11).

Estas pruebas estadísticas demuestran que *en términos netos* los países industriales no tienen nada que temer, y mucho que ganar, de la industrialización de otros países. Naturalmente, no demuestran ni pueden demostrar que una empresa o una industria concreta no resultarán perjudicadas. Resulta claro que la industrialización implica mercados de menor tamaño y un grado mayor de competencia para *algunas* industrias de los viejos países industriales.

Con el fin de hacer máximo el beneficio neto que se deriva de la industrialización de los países poco desarrollados, los países industriales deben tratar de cumplir tres condiciones:

1) Las exportaciones de estos países deberían especializarse, en la medida de lo posible, en aquellos productos que serían beneficiados, más bien que perjudicados, por la industrialización en el exterior. Entre estos bienes están los de capital y aquellos de consumo cuya producción es compleja y cuyo consumo es sensible al aumento de la renta.

2) Estos países deben desarrollar activamente nuevos y mejores procesos y productos con el fin de mantener su posición comercial con el menor volumen de perturbaciones posible.

(10) Cf. mi *National Power and the Structure of Foreign Trade* (Berkeley, 1945), págs. 117-157.

(11) H. FRANKEL, *The Industrialization of Agricultural Countries*, "Economic Journal", junio-septiembre, 1943, pgs. 188-201.

3) Por último, estos países deben conservar un grado suficiente de movilidad y adaptabilidad en sus economías con el fin de poder apartar sus recursos de aquellas ramas de la economía que se ven amenazadas por la industrialización exterior (12).

Resulta evidente que entre las naciones industriales son los Estados Unidos los que están más cerca de cumplir estas tres condiciones.

4.--La "magia" de la industrialización.

Hasta ahora sólo hemos ofrecido argumentos para fundamentar el que los países industrializados no deben temer el desarrollo y la industrialización en el exterior. Existen, además, otras razones importantes por las cuales se comprueba que deben fomentarlo y encauzarlo en la dirección más apropiada.

Los dirigentes de los países poco desarrollados de todo el mundo han sucumbido al embrujo de las palabras "desarrollo" e "industrialización". Hayan o no estudiado las correlaciones implícitas y los diagramas de dispersión (13) están completamente convencidos de que existe una relación positiva estrecha entre la renta "per capita" y la proporción de la población que no se dedica a la agricultura.

En todo caso los dirigentes de los países poco desarrollados han admitido exageradamente esta relación: la industrialización, la creación de cualquier industria, es a menudo considerada como el único camino para huir de la pobreza ancestral. Dada esta actitud mental es necesario tener en cuenta los dos peligros siguientes:

1) No debe concederse demasiada importancia a la industrialización en los programas de desarrollo y debe evitarse la industrialización demasiado rápida y poco rentable. Este peligro ha sido claramente reconocido por los Estados Unidos. En el programa del Punto Cuarto, por ejemplo, se subrayó mucho más la ins-

(12) Véase especialmente EUGENE STALEV, *World Economic Development*, (Montreal, 1940), p. 159, notas.

(13) Véase LOUIS H. BEAN, *International Industrialization and per Capita Income*, "National Bureau of Economic Research", Vol. VIII, 1946, págs.121-144.

trucción de los países poco desarrollados por lo que respecta a la eficiencia de las actividades que ya llevan a cabo (en la agricultura y en la industria en pequeña escala).

2) El segundo peligro consiste en que en su impaciencia por industrializar los países poco desarrollados se sientan tentados de adoptar los métodos totalitarios que, sin ninguna duda, han dado tan buenos resultados en Rusia. Es precisamente en este momento en el cual la ayuda financiera y técnica puede ser decisiva para convencer a los países poco desarrollados de que no es necesario adquirir el progreso económico al precio exorbitante que ha pagado el pueblo ruso, por lo que se refiere al coste humano y político.

5.—*El comercio internacional en un mundo industrializado.*

Dada la inclinación actual en favor del desarrollo y la industrialización, no es necesario continuar nuestra argumentación. Por el contrario, puede resultar útil derivar nuestra atención hacia algunos de los problemas que se deducen de este proceso. Ya hemos señalado que es necesario que las naciones industriales conserven la movilidad y fomenten el progreso técnico, e insistido sobre los peligros del desarrollo industrial irracional en los países poco desarrollados. Al final de este corto estudio podremos quizá discutir las alteraciones institucionales necesarias en un mundo donde la causa determinante del comercio exterior no sea ya la diferencia en el clima y en los recursos naturales, y donde no exista una nación, ni siquiera un grupo de naciones, que se puedan atribuir el título de "proveedores del mundo". Señalaremos desde un principio que tal situación está lejos de ser la que impera hoy día. El estudio de cualquier tabla que contenga unos cuantos índices básicos de industrialización (producción de energía "per capita", etc.), demuestra la existencia de enormes diferencias en el desarrollo industrial de los países. Incluso es dudoso que estas diferencias hayan disminuido notablemente desde hace una o dos generaciones. Sin embargo, si propugnamos la industrialización mundial debemos concebir un mundo donde muchas de las naciones poco desarrolladas actualmente habrán logrado

llevar a cabo eficientemente un cierto número de procesos industriales.

Tal desarrollo no tiene implicaciones siniestras para el futuro del comercio internacional, ya que siempre existirá la posibilidad de una división internacional del trabajo provechosa. Ahora bien, puede preguntarse si no es probable que una división del trabajo basada esencialmente en diferencias en la preparación de la mano de obra y en el pasado del desarrollo industrial sea más inestable que la sencilla y "natural" división en países agrícolas e industriales. Los países que cuentan con un sistema industrial establecido, con un buen sistema de transporte, con suficientes ingenieros y mano de obra especializada pueden, por regla general, incorporar nuevos productos a la existente estructura industrial sin grandes dificultades. En todos los casos individuales la pérdida implícita para la especialización internacional preexistente será pequeña, aunque en conjunto estas pérdidas puedan ser considerables. Por esta razón la desintegración de la ajustada división internacional del trabajo en que pensamos aquí puede resultar peligrosa siempre que los países tengan libertad absoluta para seguir políticas económicas nacionales autónomas, siempre que los intereses de grupo puedan presionar para obtener beneficios bajo el disfraz del interés nacional y siempre que los riesgos especiales que afectan al comercio internacional, y no al comercio nacional, no sean eliminados (14).

Quizá un ejemplo pueda aclarar estas afirmaciones. La producción de máquinas de escribir se ha localizado casi exclusivamente en la esquina noreste del país, mientras que Hollywood tiene virtualmente el monopolio de la producción de películas. Esta división del trabajo se basa más en un accidente histórico que en diferencias básicas en la distribución de recursos naturales y humanos. No obstante, puede suponerse que tanto las personas que asisten a los cinematógrafos como las que usan las máquinas de escribir resultan beneficiadas, y que el hecho de que Los Angeles se incorporara a la producción de máquinas de escribir y Massachusetts o Nueva York a la producción de películas no podría

(14) D. H. ROBERTSON previó este peligro en su artículo *The Future of International Trade*, "Economic Journal" (1938) reimpresso en "Readings in the Theory of International Trade", Filadelfia, 1943, págs. 505-506.

eliminar tales ventajas. No obstante, puede preguntarse si esto seguiría siendo exacto si de la noche a la mañana se trazara una frontera que partiera en dos mitades a los Estados Unidos. ¿No es probable que en un momento u otro los Estados del Este o del Oeste experimentaran dificultades en sus balanzas de pagos y que, por ejemplo, la parte Este restringiera la importación de máquinas de escribir? ¿No sería conveniente en ese caso crear un mercado interior en los Estados de la costa occidental para la producción "interior" de dichas máquinas, lo mismo que ocurrió con la ausencia de mercancías europeas durante la Segunda Guerra Mundial que dió lugar a la rápida creación de una industria cerámica en California? También sería probable que, una vez creada tal industria, para mantener el empleo y por otras bien conocidas razones, se la protegiera aun mucho después de haberse solucionado las dificultades de la balanza de pagos. Con esto hemos confirmado, en forma algo elaborada, la misma tesis que pensábamos haber refutado, es decir, que la industrialización mundial hace del comercio internacional futuro algo oscuro y peligroso.

Conviene señalar, no obstante, que este peligro es algo remoto por lo que se refiere a los países poco desarrollados y que sólo representa una circunstancia real para un pequeño, pero importante, grupo de naciones de Europa occidental y los Estados Unidos. Dentro de este grupo ya ha tenido lugar una modificación importante de la delicada integración de antes de la primera guerra mundial y que volvió a existir de 1920 a 1930. Pero también es exacto que dentro de este grupo comienza a realizarse un importante esfuerzo para invertir el proceso, alterando el edificio institucional en que tienen lugar el comercio dentro del grupo. Con la creación de asociaciones económicas más estrechas se espera evitar las divergencias serias de las políticas económicas nacionales, limitar los intereses particulares y los riesgos especiales que afectan al comercio exterior.

Queda por estudiar la medida en que puede lograrse este objetivo gracias a la mera cooperación económica. Otras formas de asociación política más estrecha pueden resultar necesarias para convertir lo que hoy es un comercio internacional en el comercio interregional de mañana. No obstante, los esfuerzos actuales son una prueba que da esperanza y que demuestra que no se adopta

una actitud pasiva frente a los peligros que amenazan la fructífera especialización de los países industriales adelantados.

En lugar de contemplar la marcha de otra ley histórica tenebrosa, nos ocupamos activamente, y esperamos que, con éxito, las leyes históricas sean únicamente aquellas que nosotros mismos creamos y aceptamos.

ALBERT O. HIRSCHMAN

(Traducción del original en inglés "Industrial Nations and Industrialization of Underdeveloped Countries", publicado en "Economia Internazionale", agosto 1951, págs. 606-20.)

VI

PROBLEMAS FISCALES

